

LAURA MAS

OLIMPIA

La mujer que desafió a todo
un reino para que su hijo
Alejandro Magno alcanzase la gloria


ESPASA

LAURA MAS
OLIMPIA

LA MUJER QUE DESAFIÓ A TODO UN REINO
PARA QUE SU HIJO ALEJANDRO MAGNO
ALCANZASE LA GLORIA

© Laura Mas, 2022
© Editorial Planeta, S.A., 2022
Ediciones Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Primera edición: septiembre de 2022

Depósito legal: B. 13.080-2022
ISBN: 978-84-670-6363-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

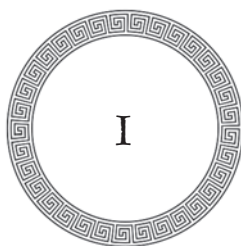
Diseño de Cubierta: Planeta Arte & Diseño

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Templo de Samotracia, 357 a.C.

«CORRERÁ SANGRE PARA QUE AFLORE LA GLORIA QUE nacerá de tu vientre».

Con esta profecía, la sibila desapareció antes de que pudiese desentrañar el misterio de sus palabras. Filippo hizo además de ir tras ella, pero pronto detuvo sus pasos. En sus ojos refulgentes por las antorchas que rodeaban el templo, percibí un atisbo de intriga. Pero el rey de Macedonia permaneció en silencio y apenas pestañeó durante aquel instante que puso en pausa la noche.

Descendimos por el camino sagrado del valle para llegar al núcleo del santuario, que nos recibió con un elegante friso de mujeres bailando sobre un mármol blanco. Estábamos a punto de iniciar un ritual místico que, según mi tío Arribas, rey de Epiro, otorgaría un mayor significado a nuestras vidas. Pero lo cierto era que mi existencia ya se había llenado de sentido. Pronto me convertiría en la esposa de Filippo y nuestro matrimonio concertado ofrecería grandes beneficios tanto para Macedo-



nia como para mi región natal. Traté de contener mi emoción ante la nueva vida que me esperaba mientras cruzábamos las esbeltas columnas de una de las cámaras.

—¡He aquí la grandeza del hombre! —exclamó Filipo entre risas cuando llegamos al centro de la sala.

Mis ojos se abrieron de par en par al toparse con el falo erigido de la estatua del dios Hermes. A mis dieciséis años, jamás había visto nada parecido. Aquel enorme miembro me fascinó y asustó a partes iguales. ¿Acaso era eso lo que me aguardaba en el lecho conyugal?

Por un momento, sentí que mis piernas no respondían a mi voluntad, pero finalmente logré reanudar la marcha. Cuando llegamos a la segunda cámara del santuario, todo mi cuerpo estaba exhausto. Mi tío me miró negando con la cabeza. Desde que se había convertido en mi tutor tras la muerte de mi padre, el rey Neoptólemo, no nos aveníamos muy bien. Tan frecuentes eran nuestras discusiones que pronto deseó liberarse de mí, según decía por mi mal carácter. «¿Quién querrá casarse con una mujer que osa rechistar tanto?», me había dicho en alguna ocasión. Al final, había resultado ser una buena mujer y carne de negociación para sellar una alianza inmejorable con Macedonia.

Nuestros reinos vecinos se situaban al norte de Grecia, cuyas polis siempre nos habían considerado pueblos bárbaros, contemplando la aristocracia como algo atrasado. Pero desde su llegada al poder, dos años atrás, Filipo estaba empezando a expandir sus dominios para sorpresa de todos. Recientemente había tomado la colonia ateniense de Anfípolis y suyo era ahora



el control de las minas de oro del monte Pangeo. Sí, Macedonia, aquel territorio marginal, estaba obteniendo el claro favor de los dioses y yo pronto pasaría a formar parte de su gloria.

Cuando iniciamos las veneraciones, mi futuro esposo tomó afectuosamente mi mano izquierda, lo cual me hizo estremecer. Debía estar en la mitad de su veintena y su presencia me imponía. No era del todo hermoso, pero su mirada destilaba una seguridad y fortaleza que le conferían un atractivo especial. Tenía una frondosa barba oscura que cubría buena parte de su rostro y sus largos cabellos se alborotaban con el viento de la noche, mimetizándose con su aspecto salvaje.

Al ver la sangre derramada del cordero que acababan de sacrificar sobre el altar, recordé las palabras de la sibila. ¿Qué habría querido decir? Instintivamente, posé mi palma sobre mi vientre y deseé que los dioses de la fertilidad pronto me bendijesen con un varón sano y fuerte. Mis padres ya residían en la morada de los muertos, pero yo estaba destinada a seguir viviendo para salvaguardar y perpetuar nuestra dinastía.

Finalizado el sacrificio, realizamos ofrendas líquidas a Axiokersos, Kádmilos, Axieros y Axiokersa. Eran los nombres de los Cabiros, cuatro dioses que me fascinaban por su naturaleza misteriosa. Me recordaban a mis adoradas serpientes, que a menudo me acompañaban en el lecho y escuchaban mis confidencias. Aquellos animales representaban a Sabazio, dios traicio de la fertilidad y la vida eterna, al cual empecé a rendir culto al cumplir doce años. Desde entonces, había quedado fuertemente vinculada a él y tenía decenas de serpientes domésticas como símbolo de adoración a la divinidad. De pronto, el siseo



de los reptiles me envolvió con el canto de su lengua bífida, sumiéndome en un mágico trance.

—¡Políxena!

La llamada de atención de mi tío me devolvió a la realidad. Vi que él y Filippo me hacían señas para que me acercase a ellos y al resto del reducido grupo que nos acompañaba. Enseguida me apresuré para alcanzarlos. Todos nos habíamos reunido en aquel templo de la isla de Samotracia con el fin de realizar un culto secreto que prometía, de algún modo, hacernos renacer.

Cuando llegamos al hierón para culminar nuestra iniciación, inspiré profundamente y cerré los ojos para encontrar el nuevo nacimiento de mi yo. Dentro del santuario, sentí que en mi interior latía algo distinto, algo perteneciente al más allá que se aferraba a mis entrañas inundándome de calor.

De repente, un hilo de sangre bajó por mis muslos, generando un pequeño charco en el suelo. Mi cuerpo le estaba ofreciendo su particular sacrificio a los dioses, creando una especie de conexión que me elevó a la morada de Zeus.

—Ve a limpiar tus ropas, mujer —me ordenó con sequedad el sacerdote al observar mi himatión.

El líquido rojo había dibujado unas finas líneas que serpenteaban la tela blanca de mi manto. Inmediatamente me ruboricé y no quise hacer frente a la mirada de Filippo.

Abandoné avergonzada el recinto con la esperanza de encontrar una fuente para lavarme. El fuego de las antorchas me guio por la vía sagrada que enlazaba los diferentes edificios del santuario y, de pronto, una figura fantasmagórica apareció ante mí. Era la sibila. Cubierta con un tupido manto morado, descu-



brió su rostro y dirigió su mirada hacia mi himatión mientras acariciaba su barbilla.

—Mi predicción empieza a cumplirse.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté frunciendo el ceño intrigada.

—Algo crecerá pronto en tu vientre. Los dioses de la fertilidad se acaban de manifestar a través de tu menstruación.

La anciana pitonisa sacó de su manga un harapo de lana y me lo ofreció para detener el sangrado. Sus oscuros ojos se desviaron hacia una pequeña fuente que se ubicaba en un rincón del valle. Luego, dio media vuelta y desapareció por el tortuoso sendero.

—Ya te echaba de menos —me dijo Filipo sorprendiéndome cuando me disponía a atravesar el gran patio de columnas del templo.

Tras un buen rato en la fuente, había conseguido quitar las manchas de sangre de mi túnica, pero mis mejillas volvieron a encenderse al verle. Notaba la diferencia de edad que nos separaba en la rotundidad de sus palabras, y había algo en él, una especie de enigma indescifrable, que me seducía por completo.

—¿Ya ha acabado el ritual? —le pregunté con cierta timidez.

—Sí, pero todos te aguardan para cambiar tu nombre.

Sentí que él también me deseaba. Su boca estaba entreabierta y mordió levemente su labio inferior mientras me seguía observando.



—Me va a costar acostumbrarme a mi nuevo nombre. Me gustaba llamarme Políxena, como la heroína troyana de la que Aquiles se enamoró.

—Sé que tu dinastía descende de Aquiles y también de Éaco, hijo de Zeus. Tú bien sabrás que la mía parte de Témeno, hijo de Heracles. Nuestra alianza es poderosa y es mi voluntad que seas mi principal mujer cuando nos casemos.

Estaba a punto de convertirme en la quinta esposa de Filipo, pero en aquel preciso instante me alegró enormemente saber que iba a ser su predilecta. Eso quería decir que, si le daba un hijo varón, este tendría su claro favor para acabar reinando en Macedonia.

Esbocé una tenue sonrisa y, de pronto, Filipo agarró con vehemencia mi cintura y acercó mi cuerpo al suyo para besar mis labios. Mi corazón se aceleró y cerré los ojos apretando todavía más los pliegues de nuestras bocas. Luego adentré mis dedos en su enmarañado cabello y ambos nos miramos con devoción bajo la luz de las estrellas.

«Bienvenida a tu nuevo yo, Mírtale».

Cuando el sacerdote pronunció en el templo mi recién estrenado nombre, supe que me acababa de despojar de mi infancia y adolescencia para renacer como una mujer completa. Por primera vez, me sentía fuerte y poderosa frente al mundo que se abría ante mí.